

tuvo, y sus mejillas, de un moreno pálido, se tiñeron de vivo carmín: reflexionó un momento; después, en voz baja y medio interrogando:

—¿Sois mi primo el de Boisvilliers?—dijo.

—¿Sois Juana?—murmuró el joven.

—Sí, primo mío (replicó, Juana alargándole la mano por encima del vallado). Me alegro mucho de veros. ¿Cómo está hoy vuestro padre?

—Mucho mejor; mil gracias: iba á vuestra casa.

—¡ Ah! (dijo Juana.) Voy á guiaros. Y pasando de la pradera á la avenida, tomó al lado de su primo el camino del castillo paternal.

—¿Es vuestra favorita esa hermosa vaca blanca y negra?—dijo Felipe, por decir algo.

—Sí, la he educado yo...., y, naturalmente, la quiero.

Su voz estaba un poco conmovida; pero acostumbrada desde hacía mucho tiempo á dominar sus impresiones más violentas, consiguió reponerse pronto, y habló á Felipe de la indisposición de su padre, de la guerra y de su herida, llegando á animarle poco á poco.

El joven continuaba mirándola á hurtadillas, con verdadero estupor. La metamorfosis que un corto número de años había operado en ella, era, no obstante, muy pequeña; sólo había crecido un poco, como suele suceder á los adolescentes; su talle era un poco corto, y tenía las caderas altas, como las estatuas de Diana.

Para atravesar la hierba húmeda, la joven había levantado su vestido con un broche, y calzado sus piececitos con

un par de zuecos, que sonaban ligeramente á cada paso que daba, lo que parecía realzar más aún la gracia singular de su aire. Tampoco sus facciones habían cambiado mucho; sólo el óvalo de su cara se había alargado algo. No podía decirse que fuera hermosa, pues tenía las cejas demasiado juntas y la boca muy grande; pero tenía encanto, tenía algo de sano y de robusto que se desprendía de toda su persona, y, sobre todo, una dulzura exquisita mezclada de algo que indicaba fuerza y energía. Un débil círculo azulado, que parecía acusar lágrimas secretas, era el único misterio de aquel joven y franco rostro.

Una vez roto el hielo, su conversación se fué animando por grados, haciéndose casi alegre. Cuando se aproximaron al castillo, la señorita de La Roche-Ermel se detuvo súbitamente

y levantó un dedo sonriendo, como para recomendar atención á Felipe. Estaban delante de una de las torrecillas agudas que flanqueaban los ángulos del pabellón central, y de la que salían dulces y armoniosos sonidos.

—¿Reconocéis la flauta de mi tío?— dijo Juana.

—Perfectamente (replicó Felipe); toca siempre con la misma afición.

—Siempre: ¡pobrecillo! Renunció á la música durante algún tiempo; pero, gracias á Dios, ya ha vuelto á sus antiguas costumbres.

Un instante después Juana volvió á detenerse delante de una de las ventanas abiertas del piso bajo, y levantando de nuevo su dedo, dijo:

—Escuchad ahora.... La canción de mi tía.... ¿Os acordáis? La de la pastor y Lucas.

«¡Lucas enamorado, reprime tus ardores!
 Imita á mi rebaño cuando en el soto entró:
 Que allí los altos olmos, las brisas y las flores,
 La onda pura, y la sombra de mágicos verdores,
 «¡Reprime tus ardores!» te dicen, como yo.»

Al recitar con un poco de énfasis esta poesía del *Almanaque de las Musas*, la señorita Juana de La Roche-Ermel hacía tal vez una alusión irónica á su primo, cuyo ardor, como sabemos, no tenía necesidad de ser reprimido; pero, alusión ó no, lo cierto es que en los extremos de sus labios se formó un pliegue burlón, que probaba que aquella grave jovencita no era incapaz de malicia.

En aquel momento el conde Leopoldo de La Roche-Ermel apareció en el principio de la escalera, y bajando rápidamente las tres gradas, se adelantó hacia ellos.

—Padre mío (dijo Juana): aquí tenéis á nuestro primo Felipe.

Y mientras hablaba, fijaba en su padre los hermosos ojos con una expresión que significaba claramente: «Le he perdonado, y deseo que hagáis otro tanto».

El conde Leopoldo estaba en la edad en que se siente con gusto el imperio de una hija cariñosa y adorada; así es que tendió cordialmente su mano á Felipe, informándose de la salud del señor de Boisvilliers, poniéndose después á hablar de cosas indiferentes, el joven con un embarazo visible, y el Conde con una política cordial, aunque reservada. Juana, entretanto, había entrado en el castillo.

Felipe notó sin trabajo que se evitaba con cuidado dar á su visita el carácter de un acontecimiento, y so-

bre todo de una fiesta de familia. Cuando fué un instante después á presentar sus respetos al caballero de La Roche-Ermel y á la señorita Angélica, fué acogido sin efusión, pero con amabilidad, y Felipe admiró el gusto exquisito que aquella buenísima familia rendía, no al uso refinado del mundo, sino á la natural elevación de sus sentimientos.

Cuando ya se retiraba, encontró en el patio al conde Leopoldo, que le dijo sonriendo:

—No podéis escapar á la fatal revista del propietario.... ¡Vamos, seguidme!

El conde de La Roche-Ermel, como su vecino el señor de Boisvilliers, y como muchos propietarios que viven en el campo, arrendaba la mayor parte de sus tierras, reservándose solamente

algunas, para distraerse, según él; pero al distraerse hacía un importante servicio á sus colonos y á toda la comarca, pues experimentaba en su labranza todos los nuevos procedimientos que se aplican en nuestros días á la agricultura y al cultivo. Esta clase de experimentos, algunas veces gravosos, aprovechaban al vecindario, el cual, sin que le costara nada, se instruía é informaba. Era esta una especie de casa rústica en actividad, que formaba en el país un cariñoso hogar de innovaciones y de sabios progresos.

El conde de La Roche-Ermel, mientras se paseaba con Felipe por los alrededores del castillo, le daba sobre la vida agrícola breves informes, que, explicados así, bajo la acción de la naturaleza viva, en la campiña florida y

bajo el sol del estío, tomaban gran interés y encanto á los ojos del joven, quizá más aún porque la imagen grave y graciosa de la señorita de La Roche-Ermel poetizaba aquellos sitios.

El Conde le condujo en seguida á las dependencias del castillo, que había extendido y mejorado mucho durante los últimos años.

—Creo que erais aficionado á los caballos,—dijo el Conde á Felipe.

—Sí, primo mío.

—Pues bien; mirad estos.

Al mismo tiempo abrió la puerta de una caballeriza, cuyos pesebres eran de roble y cuyas paredes estaban ornamentadas con astas de ciervo, y donde dos pares de magníficos caballos piafaban, moviendo la cabeza como cisnes.

—Aquí tenéis á mis discípulos (dijo

el Conde); en el prado habréis visto á sus señoras madres con dos potros, que llegarán á ser, ó mucho me engaño, tan buenos como éstos.

Después de las caballerizas visitaron el establo, el lavadero y el telar. Cuando recorrían todas estas diversas instalaciones, encontraron dos ó tres veces á la señorita de La Roche-Ermel, que parecía dar su vuelta de inspección regular, distribuyendo órdenes á sus servidores con acento dulce y breve. Al pasar su padre y su primo los sonreía, y continuaba andando á través de los cántaros llenos de leche, de los noques llenos de lejía, y de las pilas llenas de blanquísima ropa, siempre con aquel aire serio y grave que le era peculiar; muy sencilla, pero muy esmerada en todos los detalles de su traje y de su persona: tenía evidentemente

el cuidado de la limpieza minuciosa, y la hacía reinar hasta en las más humildes regiones de sus dominios.

Cuando Felipe se despidió del Conde, vió entrar en el patio un joven alto y de retorcidos bigotes, en quien reconoció al momento á su antiguo compañero Gastón de Chaville, el prometido de Juana. Le encontró mejorado, lo cual no le agradó, y después de cambiar con él un apretón de manos, se retiró.

Al dar cuenta á su padre de los incidentes de su visita, le dijo con una especie de timidez:

—¡Qué cambiada está Juana!

—¡Cambiada! ¿En qué?—preguntó fríamente el señor de Boisvilliers.

—En que ahora está muy guapa.

—Es una hija excelente.... Yo deseo con toda mi alma que sea dichosa....

Oye, ese Chaville con quien se va á casar, creo que no es ningún lince; pero dicen que es un buen muchacho.

—¿Y hace mucho tiempo que está decidido ese matrimonio?

—Creo que hace cinco ó seis días.... El martes último fué cuando Leopoldo vino á darme esta noticia.

También había sido el martes último cuando el señor de Boisvilliers había sido atacado súbitamente de su alarmante indisposición. Esta coincidencia de fechas hizo nacer en la imaginación de Felipe un pensamiento doloroso. Ya no volvió á hablar de Juana á su padre, ni tampoco la nombró en su carta á la Marquesa, á quien escribió aquel día, según la había prometido.

Felipe pasó una semana en Boisvilliers, ocupando la mayor parte de su

tiempo en renovar antiguas amistades con los amigos de su familia que habitaban en las cercanías y en un vecino pueblecito. Observaba en ellos las costumbres de una vida regular, tranquila y digna, de que su familia era el modelo y su prima Juana la poesía. Estas costumbres provincianas, en su especie de fijeza tradicional, habían en otro tiempo indignado su joven imaginación, ávida de movimiento y aventuras. En su interior, había calificado de necrópolis aquellas antiguas moradas patrimoniales, donde se ve al hijo sentarse sucesivamente en el sillón del padre y del abuelo, al mismo lado del hogar en el invierno, y al lado de la misma ventana en el verano. Como no existía allí esa actividad febril de las grandes poblaciones, Felipe los creía inactivos, muer-

tos; pues hay una edad en que sin movimiento no hay vida; ahora veía ya las cosas de otra manera. El tiempo, sin envejecerle aún, le había enseñado, y comenzaba á sospechar que, quitando de la actividad parisién todo lo inútil, lo deslumbrante, no quedaba cosa alguna esencial que no se encontrase en igual grado en aquel apartado rinconcito provinciano: allí las inteligencias eran más sanas y rectas, el espíritu más elevado y las costumbres más francas.

En fin, después de haber visto la vida de provincias bajo un prisma muy negro, la veía ahora quizá demasiado de color de rosa.... ¿Quién sabe si por culpa de la señorita Juana? Felipe, durante el tiempo que permaneció en Boisvilliers, no volvió más que una ó dos veces al castillo de La Roche-Ermel,

comprendiendo que había perdido el derecho de mostrarse allí asidua y familiarmente, y esta discreción le costó trabajo, pues su prima le inspiraba, según él, un vivo sentimiento de curiosidad. Para satisfacerla, tuvo que reducirse á los encuentros casuales que la proximidad de sus viviendas le proporcionaba. Juana iba con frecuencia en compañía de su padre á informarse de la salud del señor de Boisvilliers, y además la veía pasar algunas veces á caballo entre su padre y su prometido, llevando una amazona de paño azul obscuro, que la sentaba muy bien. En fin, un domingo le invitaron á sentarse en la iglesia en el banco de la familia, y luego tuvo el placer de escoltar á su prima hasta el castillo.... ¡Pero siempre con aquel demonio de Chaville! La noche en

que fué á despedirse al castillo de La Roche-Ermel, fué más dichoso. Partía al día siguiente, y sin duda á causa de esta partida Juana no observó la extremada reserva que anteriormente había guardado con él. El señor de La Roche-Ermel había sido llamado de improviso de casa de uno de sus colonos, y la joven estuvo bastante tiempo sola con Felipe. Á petición de éste, Juana se puso al piano, y tocó dos ó tres valeses de una manera magistral, sin perder ni un instante la dignidad calmada de su fisonomía y de su actitud.... ¡Era una artista!.... Luego reveló otros talentos que Felipe no conocía. Su tía Angélica le había enseñado á pintar sobre porcelana, y se ocupaba entonces en decorar un servicio de mesa, en que todas las piezas eran de diferente ornamentación; era

un gran trabajo y una obra bellísima. Juana sacaba los dibujos y los colores, unas veces del natural, y otras de antiguas muestras, de que la biblioteca del castillo poseía una magnífica colección. La joven condujo allí á Felipe, y le enseñó aquellas riquezas, hojeándolas con aire de religioso respeto, y explicándole la supuesta procedencia de los manuscritos, precisando la época á que se remontaban y citando los personajes históricos á que algunos habían pertenecido; le decía todo esto, hablando con su manera breve y clara, pero sin una sombra de pretensión, aunque dejando adivinar una inteligencia clarísima y una vasta ilustración.

Entre tanto, el conde Leopoldo no volvía, y se hacía de noche; la entrevista de los jóvenes se iba prolongando

demasiado, y Juana empezaba á parecer algo turbada.

—¿Os parece que vayamos á buscar á mi padre?—preguntó de pronto á su primo.

—Como queráis.

Juana se cubrió la cabeza con su velo de blonda, y tomó con Felipe el camino de la granja, adonde su padre había ido. Casi al salir del castillo se abría un sendero que descendía con una pendiente muy rápida, rodeando la orilla de un estanque, pues La Roche-Ermel, como Boisvilliers y como la mayor parte de los castillos del país, tenía su estanque. Era éste bastante grande y profundo, y estaba situado en el fondo de una colina. Una de sus riberas estaba cubierta de monte bajo y grandes matorrales, y la otra por escarpadas rocas. La granja

estaba á poca distancia del valle, en el fondo del cual serpenteaba un pequeño riachuelo llamado *L'Ormaie*. Desde la escarpada orilla que dominaba el estanque, se podía admirar el valle y los frondosos horizontes, cuyas últimas tintas se confundían á la luz ya débil del crepúsculo.

Allí fué donde la señorita de La Roche-Ermel se detuvo para esperar á su padre, en compañía de aquel á quien tanto había amado. Se sentaron juntos sobre una roca, y permanecieron algún tiempo silenciosos, mirando las columnitas de humo que se elevaban desde las cabañas hasta perderse en el azulado espacio, y escuchando los ruidos de la noche que resonaban á intervalos en la sonoridad profunda de los campos. Los lejanos ladridos de un perro guardián, algu-

nos mugidos que salían del fondo de las praderas, vagos tañidos de campana y el canto de algún pájaro escondido en la enramada, turbaban el silencio, prestando un encanto particular á aquellos sitios.

—Esto debe pareceros algo triste comparado con París,—dijo Juana sonriendo.

—Esto me parece infinitamente dulce (respondió el joven, con voz conmovida). Aquí está la paz....; una paz encantadora, que recordaré toda mi vida.

—Creía que teníais otros gustos,—replicó Juana, después de una pequeña pausa.

—Sí.... (murmuró Felipe); debéis juzgarme severamente.

—De ninguna manera (dijo sencillamente). ¡Ah! Ved á mi padre.

La elevada estatura del Conde apareció en el principio del sendero.

—Padre mío (dijo); Felipe no ha querido marcharse sin estrecharos la mano.

—Perdonadme, querido hijo (dijo el Conde). Me han retenido más tiempo del que pensaba.

El Conde les contó entonces que había ido á una granja para ver un muro que se había desplomado, y les dijo que aquel pequeño incidente le había entretenido hasta su vuelta al castillo. Al llegar á la puerta, Felipe se despidió, retirándose en seguida.

Se alejó con alguna precipitación hacia Boisvilliers; pero á la mitad del camino se detuvo bruscamente, recostándose sobre el vallado, delante del cual había tenido lugar su primera entrevista con su prima, y permaneció

allí soñando, hasta que se hizo de noche.

Retrocedió entonces lentamente, volviendo á tomar el camino de La Roche-Ermel. Cuando apercibió las luces del castillo, acertó aún más el paso; pareció dudar, y después continuó avanzando con precaución.

Las ventanas del salón del piso bajo se abrían, unas al patio, y las otras sobre un parterre con preciosos macizos. Entró en este jardín, y se aproximó á una de las ventanas.

La familia se hallaba reunida en el salón: el Conde leía con la cabeza inclinada sobre la mesa; enfrente de él, el *Caballero* clasificaba plantas, que colocaba ordenadamente en un semillero. La señorita Angélica bordaba una tira de tapicería; Juana, sentada un poco separada delante de un vela-

dor, pintaba uno de sus magníficos platos. Tenía el rostro vuelto hacia la ventana, y Felipe pudo contemplar á su gusto aquellas facciones enérgicas y dulces á la vez, en las que no parecía impresa en aquel momento su serenidad habitual. La joven estaba pensativa, y sus grandes ojos erraban algunas veces en el vacío.

De repente dos lágrimas se desprendieron de ellos como dos perlas y se deslizaron por sus mejillas: Juana las enjugó dulcemente con las puntas de sus dedos, y echó á hurtadillas una mirada inquieta á su alrededor, como para asegurarse de que sus lágrimas no habían sido vistas. Después prosiguió su trabajo con gravedad, frunciendo sus negras cejas. La señorita de La Roche-Ermel estaba descontenta de sí misma.

Felipe de Boisvilliers no debía tam-

poco estar muy satisfecho de sí; pues, dejándose caer en un banco del jardín, apoyó su cabeza en las dos manos, y se echó á llorar.

Al día siguiente por la noche entraba en París.